

LOS ATENEOS ANDALUCES EN EL SIGLO XXI

Juan Gaitán Cabrera

Vicepresidente de la Federación Ateneos de Andalucía

Escritor y periodista



Presentación de la web de la Federación Ateneos de Andalucía

RESUMEN

Desde el siglo XIX a nuestros días, los ateneos han venido ocupando un lugar primordial en la sociedad española, siendo impulsores de un modelo de cultura que siempre ha consistido en cubrir aquellos espacios que la Administración Pública no cubría por falta de medios o por desidia.

En estos momentos, el movimiento ateneísta es el movimiento cultural privado y voluntario más importante de España, y tiene en Andalucía su máximo exponente, con la Federación Ateneos de Andalucía acogiendo una treintena de ateneos que vigorizan la cultura de la región.

Palabras clave: ateneos, sociedad española, movimiento cultural, Federación Ateneos de Andalucía

SUMMARY

From the 19th century to the present day, athenaeums have been occupying a primordial place in Spanish society, being promoters of a cultural model that has always consisted of covering those spaces that the Public Administration did not cover due to lack of means or laziness.

At this time, the ateneo movement is the most important private and voluntary cultural movement in Spain, and its greatest exponent is in Andalusia, with the Ateneos de Andalucía Federation hosting around thirty athenaeums that invigorate the culture of the region.

Keywords: athenaeums, Spanish society, cultural movement, Ateneos de Andalucía Federation.

INTRODUCCIÓN

Estamos a punto de alcanzar el primer cuarto del siglo XXI. La formulación como tema de un artículo de “los ateneos andaluces en el siglo XXI”, al igual que cualquier otra cuestión de la misma índole, como bien pudieran ser “las matemáticas en el siglo XXI” o “la pesca del fletán en el siglo XXI”, tiene aún una rémora del siglo XX, que parece que todavía no hemos dado por cancelado y aún estamos haciendo prospecciones sobre un futuro que en realidad ya hemos vivido o estamos viviendo.

De modo que antes de hacer esa prospección, quizás ya extemporánea, sea mejor echar un vistazo atrás, ver de dónde venimos, qué camino hemos cubierto, y quizás eso nos dé una pista de hacia dónde vamos o hacia dónde tenemos que encaminarnos por el bien del ateneísmo en general y de los ateneos andaluces en particular.

Para ir a lo concreto, empecemos por el nombre. El apelativo genérico de «ateneo» encarna una de las experiencias culturales más duraderas, prestigiosas y sugerentes de la historia contemporánea de España. Recuperado en los albores del siglo XIX desde la remota historia cultural helenística y latina, su aparición enlaza directamente con el nacimiento en toda Europa un poco antes, en el siglo XVIII, durante la Ilustración, de toda una serie de instituciones (salones, clubs políticos, sociedades patrióticas, logias masónicas, cafés literarios, centros artísticos) cuya acción constituye una característica sociológica fundamental de una época de predominio de lo que se llamó “liberalismo romántico” en su sentido más amplio. Este hecho es de vital importancia, porque por primera vez se abandonan los cenáculos interiores, cerrados, de la iglesia y la nobleza, solo accesibles para los de su propia clase y estamento, y comienza a tramarse lo que acabaremos llamando “tejido social”.

Son en su conjunto instituciones estrechamente vinculadas con la aparición del espacio público liberal y burgués que organiza por un lado la competencia ideológica, con la aparición de los partidos políticos, y por otro el reconocimiento y promoción de los nuevos gustos estéticos. En España, en todas esas tareas sobresalen con especial relevancia los ateneos, en particular los acogidos a la significación “liberal”, aunque más adelante adopten otros “apellidos” provenientes de grupos sociales o profesionales, como los ateneos mercantiles, médicos, militares, escolares, femeninos, libres..., y entre ellos, quizás el más significativo, el del obrerismo organizado, que rotulará con ese nombre algunos de sus centros de reunión y sus propias inquietudes culturales (ateneos populares, sindicalistas, socialistas y libertarios).

Si tomásemos como guía el modelo consagrado por el pionero Ateneo de Madrid, un ateneo vendría a ser un centro de cultura en una triple acepción: academia-científica, instituto de enseñanza superior y círculo literario y artístico. Una propuesta de ambicioso alcance, proyectada sobre el amplio escenario del espacio público de la razón y de la sociabilidad de la época, pero también íntimamente enraizada en la cultura enciclopédica e ilustrada del momento. Este es un hecho que no debemos perder de vista, el del momento, el estar pegado a su época. Será de vital importancia para nuestro fin.

Pero sigamos. La fórmula planteada en la experiencia inicial con el paso del tiempo se irá modelando sobre los cambios estructurales operados en la cultura, sobre su profesionalización, su progresiva institucionalización o sus modulaciones sociales, de forma que aquellas categorizaciones terminarán por diluirse relativamente ante las expectativas de los nuevos protagonistas de la cultura. De esta forma, serán estos que ya podemos llamar intelectuales en sus diversas acepciones, y sus estrategias de afiliación, reconocimiento y consagración, los que acabarán por determinar la vida de los ateneos —de las instituciones culturales en general— y modelar sus potencialidades en el amplio espectro de las relaciones entre cultura y sociedad.

Retomando el prototipo madrileño, que sirve de espejo y de ejemplo para la mayoría de los ateneos, a lo largo de su vida han pasado por él como profesores, conferenciantes, polemistas, estudiosos o simplemente oyentes la muestra más representativa de la intelectualidad española. Y en concordancia con esa pluralidad, la nómina de las inquietudes culturales acogidas presenta rasgos de una curiosidad casi universal. Las sucesivas generaciones ateneístas, en definitiva, han ido desarrollando el universo cultural y político segregado por la dinámica histórica de la sociedad.

Otro tanto se podría decir del resto de los ateneos, cada uno en su propio ámbito local, adaptados a las condiciones particulares de su medio. Hay, en la historia de los ateneos, una razón, que catalogaríamos de «ecología cultural», que no podemos obviar. En buena parte de los ateneos la particular adaptación al medio terminará por convertirse en una posición activa en torno a la cultura local. Haré referencia a esto con mayor profusión un poco más adelante.

Francisca Soria Andreu, que ha estudiado a fondo el ateneísmo, menciona algunas apreciaciones que resultan pertinentes al caso:

«Las instituciones culturales locales del siglo XIX eran el centro de la vida ciudadana: información, lectura, cultura política, celebraciones culturales y

lúdicas, exposiciones, representaciones teatrales, conciertos. En el centralista Estado de ese siglo, estas asociaciones culturales permitían además afirmar la personalidad regional y las señas de identidad cultural diferenciadas, por lo que el debate nacionalista-regionalista se hizo presente en buena parte de ellas».

Aparte de constatarlo así, en efecto, las monografías ateneístas existentes, esta centralidad cultural hizo que con frecuencia los ateneos se convirtiesen en ejes de la opinión local, cristalizada, si no en todos los casos en órganos de expresión propios, desde luego en una activa presencia en la cada vez más asentada prensa local.

Y no sería descabellado ver en ello sólo una modulación particular del papel de los ateneos provinciales en la adopción y defensa de la identidad local. Siendo general este hecho, en algunos casos además su papel llegó a adquirir una singular relevancia, en paralelo con otras instituciones e iniciativas culturales y con el movimiento político coetáneo.

El mejor ejemplo a este respecto es, sin duda, el Ateneo Barcelonés. Fundado en 1860 con el nombre de Ateneo Catalán, en 1872 se instala en los locales del Centro Mercantil Barcelonés refundiéndose con él y adoptando su actual nombre. Su particularidad catalana apenas se manifiesta en estas primeras etapas por otros detalles que, por su colaboración, como promotor de algunos premios, en las manifestaciones literarias y artísticas iniciales de la *Renaixença*, que fue un movimiento cultural y literario ocurrido en algunos territorios de habla catalana-valenciana, que llegó a su esplendor durante la segunda mitad del siglo XIX. Su nombre surgió de la voluntad de hacer renacer el catalán o valenciano como lengua literaria y de cultura, y que es paralelo a otros similares, como el *Rexurdimento* gallego.

Trataré de no divagar. Lo que vengo a exponer es que no se trata sólo del Ateneo Barcelonés. Aunque sin su alcance, por obvias razones, casi todos los ateneos conocidos se sumaron con mayor o menor intensidad a esta modalidad particular de lucha por la cultura, bien bajo la fórmula regionalista-nacionalista, bien patrocinando la celebración de Juegos Florales, como los de Zaragoza, Vitoria, Cádiz, Albacete o Sevilla; bien poniendo sobre el tapete las posibilidades culturales y políticas del regionalismo, en el que entraron (en cuanto centros de debate de los asuntos más candentes), buena parte de ellos; bien en el descubrimiento del patrimonio arqueológico y artístico local e incluso patrocinando publicaciones con este objetivo, como fue el caso del Ateneo vitoriano.

UN MODELO PIONERO DE ORGANIZACIÓN CULTURAL

Otra de las características esenciales de los ateneos es el hecho de haber sido un modelo pionero de organización cultural. Como ya hemos apuntado, la continuidad de las tradiciones ilustradas es el espíritu que mueve a la creación en 1820 del Ateneo Español de Madrid, antecedente directo del actual Ateneo Científico, Literario y Artístico de Madrid. Fundado por gentes «de espíritu liberal, dispuestos a trabajar por la ciencia y el progreso», con la intención de difundir «la instrucción pública», condición indispensable de la «verdadera libertad» con el objetivo final de cooperar de este modo a «la prosperidad de la nación».

Desde el principio, el Ateneo madrileño tuvo el objetivo confeso de participar en la «difusión de las luces» y en la «educación moral» de los ciudadanos y de contribuir al debate político y atender a la formación de la opinión pública; aspectos todos que fundamentan y consolidan la libertad del nuevo siglo y sus instituciones políticas representativas. Unos objetivos programáticos para una institución cultural libremente organizada, conforme al modelo asociativo de los clubes ingleses, fuera de la asfixiante atmósfera de la protección cultural regia de su tiempo.

Desde su origen, el Ateneo de Madrid de 1835 ha sido considerado indistintamente como Academia Científica, Instituto de enseñanza y Círculo literario, integrando, pues, todos los componentes de una acción cultural ilustrada y enciclopédica, que era la fórmula conceptual de la cultura de su etapa originaria. Esta concepción se irradiará a los sucesivos ateneos, como una especie de ADN, de seña de identidad familiar.

Los ateneos se convierten así en centros de discusión, de análisis, de intercambio intelectual, con profundos cimientos en la fe racionalista del siglo XVIII: la existencia de una Razón Universal impresa en la mente de cada individuo, que debía aflorar allí donde varios espíritus individuales aportaban sus opiniones en abierta confrontación intelectual. La oratoria, el gran *medium* de la razón política durante estas primeras etapas de los organismos representativos, tuvo en los ateneos su templo de aprendizaje y de ensayo general.

«Antesala del Parlamento», según lo catalogó Unamuno, emblema de una democracia organizacional, donde vérselas con una masa «que vota», en palabras de Manuel Azaña («este ejercicio de polemista y el hábito de entendérmelas con una muchedumbre que vota es lo que yo he sacado del Ateneo y que me sirve en la política»). El Ateneo madrileño bien representó el aprendizaje y el ritual democrático.



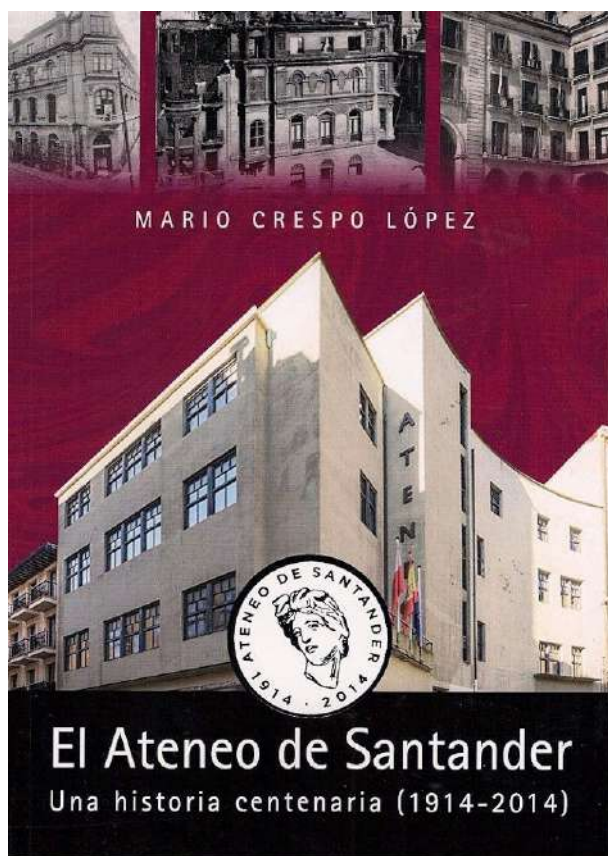
Escalera Ateneo de Madrid, fundado en 1820



Biblioteca Ateneu Barcelonés fundado en 1860



Ateneo de Sevilla, fundado en 1887



Portada de libro *El Ateneo de Santander, una historia centenaria (1914-2014)*, de Mario Crespo López

co hasta etapas bien avanzadas del parlamentarismo del siglo XX y hasta la deformación de lo que se podría llamar el «intelectualismo ateneísta», que el siempre agudo Josep Pla definía como una forma de abordar las cuestiones exclusivamente a través de su enfoque teórico, lo que significaba en la práctica acotar certeramente los problemas, definir sus soluciones, discutirlos, votarlos y, a partir de ahí, dar los problemas por resueltos, sin atender la posterior prueba de la realidad. Quizás seguimos manteniendo ese pecado original que Pla detectó en el movimiento ateneísta.

En cuanto Instituto de enseñanza, los ateneos solían proveer cátedras públicas y gratuitas. Durante mucho tiempo, los más destacados hombres de cultura explicaron en ellos, a la sombra de la libertad, disciplinas que todavía pugnaban por encontrar su sitio en la vida académica oficial. En esa perspectiva, apenas será bastante todo lo que se pondere acerca de la importancia de los ateneos en la penetración del pensamiento europeo contemporáneo, en el debate inicial de las novísimas teorías filosóficas y científicas nacionales e internacionales mucho antes de que llegasen a institucionalizarse en el espacio universitario oficial y, en fin, ya más adelante, en la avanzadilla del pensamiento social y de sus nuevos métodos.

Por último, en cuanto Círculo Literario y Artístico, los ateneos se desarrollan como entidades acordes con los nuevos tiempos, es decir, alejadas de los Salones y “*coffeehouses*” del siglo XIX, y al nuevo público que demandaban las actividades artísticas liberadas de los viejos controles académicos y de los tradicionales círculos de demanda artística. Compartían además otro rasgo: el de abastecer sin medida, en forma de gabinetes de lectura y bibliotecas —común por lo demás a todos los ateneos— la desordenada sed de cultura letrada de las primeras élites culturales.

Pero aún hay otro aspecto de la constitución ateneísta que integra orgánicamente las anteriores, puesto que remite al espíritu de sociabilidad «pensante» de la época de su nacimiento: el de ser un conglomerado —de personas, de culturas, de ideologías, de mentalidades— de cada época. «No cabe —concluía Manuel Azaña— mayor compenetración entre un organismo y su época».

Es esa omnipresente perspectiva sobre el medio y la época lo que resulta especialmente relevante en estas instituciones y lo que les hace llenar un hueco insustituible en la sociología de las instituciones científicas y culturales de la España del XIX y el XX. En la evolución cultural contemporánea, la ciencia, la enseñanza, la literatura y el arte —sus ambiciosos objetivos programáticos de primera hora— van encontrando instituciones y formas de organización cultural específicas. Los centros universitarios se asientan definitivamente en los sistemas educativos nacionales y poco a poco van entrando en una etapa de permeabilidad y renovación científicas. En el terreno artístico, el mundo editorial, el régimen de exposiciones públicas o privadas, el periodismo, comenzarán a ofrecer perspectivas cada vez más sólidas para el creador, es decir, comienza el proceso de institucionalización de los campos académicos y artísticos. Pero de todos estos medios, ninguno puede sustituir a los ateneos en la tarea de poner en relación el pensamiento y el arte, la reflexión y la investigación erudita, el debate y la emoción poética, la labor profesional de la gente de la cultura y la atención de la opinión pública, en un permanente ejercicio de integración de todas las energías intelectuales y de testimonio de todas las inquietudes.

Así se manifiesta incluso, más allá del ámbito de la cultura convencional, en el terreno de las prácticas culturales informales y de las necesidades de sociabilidad lúdica de las personas interesadas en la cultura, escenarios con frecuencia fútiles, pero que son consustanciales al desarrollo de los rituales identitarios y representativos del artista contemporáneo. Los ateneos inventan para tales prácticas un conjunto de escenarios simbólicos (los centros de las tertulias y discusiones informales, para oponer-

los a los escenarios de la disertación doctrinal) de gran atractivo para esta forma de inteligencia dilectante; en definitiva, escenarios todos de una idiosincrasia de café grande, «culto y desde luego con algunas ventanas a Europa», como decía Unamuno, pero de la misma naturaleza inquieta, bulliciosa y a veces provocativa del resto de las tertulias, cafés, redacciones de periódicos y tantos otros espacios de sociabilidad y reconocimiento de la nueva vida intelectual y artística.



GEOGRAFÍA Y MODALIDADES DE LA DIFUSIÓN

José Luis Sánchez García, que dedicó parte de sus tareas investigadoras a los ateneos de Palencia y Valladolid, trazó un valioso cuadro-resumen de la difusión de esta modalidad ateneísta que venimos mencionando, el del apego al medio local.

Al Ateneo de Madrid, y conforme a su modelo cultural, siguieron los ateneos de León, Cádiz, La Coruña, Badajoz, el Catalán (nace en 1860 como Ateneo Catalán, y en 1872 se fusiona con el Casino Mercantil de Barcelona para crear el definitivo Ateneo de Barcelona), Valencia, el Balear, Zaragoza, Santander, Córdoba, Vitoria, el Menorquín, Ciudad Real, Huesca, Santiago de Compostela, Almería, Málaga, Valladolid, Lorca, Palencia, Toledo, Guadalajara, Ávila, Murcia, Castellón, el Riojano, Alcalá de Henares, Ferrol, Albacete, Béjar, Tarragona, Alicante, Soria, Sevilla, Teruel, Segovia, Jerez de la Frontera, el Tinerfeño, La Laguna, Cáceres, Bilbao, Salamanca, el Guipuzcoano, Vigo, Medina del Campo, Burgos, Zamora, el Navarro, Orense, Granada, Huelva, Cartagena y Las Palmas, los últimos ya en fechas avanzadas del siglo XX.

Todos ellos, junto al resto de modalidades ateneístas no contempladas aquí, componen, según la minuciosa recopilación de este estudioso, una extensa red superior al medio millar de centros de cultura de diversa índole bajo el rótulo general de «Ateneo». Todos ellos, por lo demás, instituciones de cultura urbana, acordes con el componente social predominante en sus asociados y de sus públicos, aunque no falten algunos emplazados en pequeñas

villas de tipo semiurbano. Destacamos, en este sentido, al Ateneo Popular de Almodóvar del Río, fundado en 1925. Pero incluso en estos ateneos que llamaremos con afecto y sin un ápice de menoscalbo «de pueblo», siempre hay una sintonía de cultura más urbana, una adhesión a la contemporaneidad, cuando no a la modernidad. Siempre el ateneo es un lugar de vanguardia. No cabe duda de que los ateneos constituyen una atalaya sobre el panorama de la cultura pública.

ADAPTARSE AL TIEMPO

Si, como hemos indicado más atrás, la matriz esencial de los ateneos es su estrecha sintonía con su tiempo y con su medio social, nada tiene de extraño que también asumieran tareas que en principio debieron corresponder a los poderes públicos. En determinados momentos de su historia, los ateneos no solo fueron aquel producto específico del primer tercio del siglo XIX, empeñado «en la idea de una cultura independiente», aquel «reducto de libertades públicas, incorporadas de modo definitivo a la vida española». Hasta muy avanzado el siglo XX, si bien es cierto que, en distintos grados de intensidad, el Ateneo será el lugar donde activar las inquietudes y el conocimiento de la juventud universitaria, dando satisfacción a la tarea de «formarse», que era el estereotipo novísimo de la emulación juvenil, como antes fue el de «llegar», no se sabía muy bien a dónde.

En etapas no muy lejanas los ateneos fueron, también, un centro privilegiado en la economía de la supervivencia de la juventud estudiosa, el lugar donde por una pequeña cuota se le proporcionaba libros para el estudio, calor, bohemia y, concluidos los estudios, una buena biblioteca donde preparar oposiciones y solucionar indefinidamente el problema de la subsistencia. Esta evolución, que está perfectamente documentada en el caso del Ateneo de Madrid, es la que sufren también el resto de los ateneos tempranos. En los ateneos más tardíos esta adaptación está incluso implícita en las propias circunstancias de su nacimiento.

A modo de apunte curioso, por no muy conocido, diremos que también fue el movimiento ateneísta el que prendió otra iniciativa cultural, esta vez de origen francés, orientada hacia la difusión del conocimiento: las universidades populares. En 1904 se crea en el Ateneo de Madrid la Universidad Popular de Madrid por un amplio grupo de representantes de las profesiones intelectuales, durante unos pocos años llevó sus profesores y sus programas de animación cultural a diversos centros obreros madrileños, sin que la experiencia lograra completar la totalidad de sus ambiciosos proyectos iniciales ni finalmente superar la prueba de la realidad.

Todo ello no contradice el hecho de que, allí donde estén, los ateneos sean en todo momento, como ya he dicho antes, atalayas avanzadas sobre las cuestiones políticas y sociales más candentes de la vida local y que recuperen ocasionalmente una acentuada tonalidad política cuando las circunstancias de ese campo traigan a primer plano la exigencia de un compromiso activo. Tal será el caso de aquellos ateneos que vivieron la Transición, etapa en que tuvieron una activa implicación en las polémicas político-culturales.

Los ateneos serán la expresión de un interés más extenso que el científico o profesional al que pudieran remitir sus actividades culturales: serán el eco de una conciencia cívica proyectada sobre el conjunto de los asuntos públicos. El resto: —su mayor o menor implicación directa en la política nacional o local—, en sus momentos más críticos, será el resultado de un conjunto imprevisible de adaptaciones particulares a las circunstancias concretas o, de forma más general, a las coyunturas intelectuales.

El Ateneo Barcelonés, el de Palencia, el Riojano, el de Valladolid, el de Albacete, el de Alicante —los mejor documentados en las etapas ateneístas más próximas— se vieron inmersos de distinta forma en esas particulares crisis, con estrategias y resultados diversos: camuflarse, contemporizar, resistir, exaltarse o también abandonar, formas diversas de sobreponerse a unos factores de evolución que escapaban a las funciones culturales estrictas con que habían surgido y que, por supuesto, caían fuera de su control. En todos estos episodios apenas se puede hablar estrictamente de ateneísmo, aunque formen parte de su historia institucional.

FRENTE A LA CULTURA DEL ESPECTÁCULO

Como hemos venido viendo, los ateneos, desde su nacimiento, han sido acordes con su tiempo y acordes, también, con su espacio, con su lugar, con su medio. Veamos ahora otra de sus características, la de completar, abarcar, el espacio vacío. Al modo de los fluidos.

La línea fronteriza que separa el campo de una cultura ateneísta (como aportación intelectual propia, identificativa de un estilo cultural y de una casi completa libertad de acción) y el que ofrecen las corrientes institucionales que promueven aquí y allá conferencias, discursos, recitales, revistas o publicaciones, abanderadas por profesionales y expertos ya firmemente asentados en los puestos de la burocracia académica oficial, aparece perfectamente delimitada y, como consecuencia de ello, obligan a la realineación del papel relativo del ateneísmo en el marco de todos esos espacios de la cultura nacional. Ese alto papel seguirá perteneciéndole en sumo grado,

pero sólo a partir de lo que ha sido y de lo que representa, como un efecto derivado del prestigio y de la resonancia que en el marco de todos aquellos espacios de difusión cultural reserva el ateneísmo a los verdaderos protagonistas —creadores, científicos, divulgadores— que han pasado así, a través de todos estos cambios, a primera fila de nuevos campos sociales donde se despliega el juego de la apropiación de los recursos culturales, del reconocimiento, del prestigio, de la difusión, de la innovación, etc.; campos sociales institucionalizados, pues, de forma cada vez más compleja, del que los ateneos son sólo una pieza —aunque importante—.

A lo largo de su vida, los ateneos han mostrado una inequívoca vocación, como si estuviese determinado en su propio ADN, de ocupar zonas de la vida cultural que estaban sin cubrir. Citemos algún ejemplo. En determinados momentos, alcanzando incluso a la actualidad, los ateneos desarrollaron iniciativas de excursionismo cultural, vinculadas a la revalorización de la cultura y del patrimonio locales. Uno de los pioneros fue, sin duda, el Ateneo de Sevilla, nacido originariamente en 1887 por iniciativa del sociólogo Manuel Sales y Ferré como Ateneo y Sociedad de Excursiones, escindido del entonces Ateneo Hispalense con el objetivo de promover una nueva forma de contacto directo con los bienes públicos de la cultura. Otros ateneos especialmente tentados por esta modalidad cultural fueron los de Zaragoza, que lo estableció oficialmente en su reglamento de 1898, y el de Madrid, donde la Sociedad Madrileña de Excursiones promovió ciclos periódicos de conferencias sobre arte y patrimonio.

En estos momentos, algunos ateneos siguen desarrollando actividades de este tipo, si bien parece que la veleta de los tiempos señala hacia otras orientaciones.

ATENEÍSMO Y ATENEÍSTAS

Los ateneos, como estamos tratando de expresar, a pesar de ser instituciones individuales, locales y libres, han acabado formando un bloque, teniendo eso que ya hemos llamado varias veces un ADN común, al que llamaremos **ateneísmo**. Y ese movimiento ha producido, a su vez, un segmento poblacional, los ateneístas, ese grupo de personas que pueblan y hacen vivir los ateneos, esas personas que a través de estas instituciones desarrollan sus estrategias de participación, reconocimiento y consagración en el espacio cultural.

Fue de nuevo Manuel Azaña quien con mayor perspicacia dio forma a un análisis social del ateneísmo —es cierto que una perspectiva fundamentalmente política, fácilmente comprensible en la co-



Ateneo Popular de Almodóvar del Río, fundado el 14 de mayo de 1925, celebrando el Día de Andalucía



Portada del Ateneo de Málaga, fundada en 1966.

yuntura de 1930— al encarnar en el carácter público de sus políticos e intelectuales las grandes mutaciones históricas de la nación. El «tiempo nuevo», vino a decir, tropieza siempre con un obstáculo insalvable: «la posesión del mundo por otras gentes, que no admiten ser desahuciados de su posesión»; gentes que también, en otro tiempo, quisieron «acomodar el mundo a su imagen»: expulsaron y reemplazaron a otros, «como ahora se ven en trance de expulsión y reemplazo». Ahí, en esa dialéctica del cambio histórico y cultural, los ateneos eran organismos de límites borrosos, «durables a causa de su libertad», modelables sobre lo urgente y sobre las necesidades y contenidos particulares, un campo para las legítimas ambiciones de cada uno y para la ilustración de todos.

Los ateneos han sido a lo largo de la historia, de su historia, centros que infundían credibilidad y promovían el razonamiento público, y que en esas tareas iba creando un poso de prestigio.

Los ateneos mantienen su presencia, su capacidad de resonancia social, en virtud de las credenciales públicas que les son atribuidas a su condición de «Doctas Casas», apelativo que siguen manteniendo algunos ateneos, como el caso del Ateneo de Sevilla, al que en la prensa suelen nombrar así, «la docta casa», y el de Cádiz. Son, siguen siendo con toda propiedad, el centro vital de las élites culturales de carácter local: profesores de Universidad o de Instituto, poetas, pintores, eruditos, periodistas, etc. Quizás ya no representan, como ocurriera en un pasado no tan remoto, la línea divisoria entre el éxito y el anonimato cultural, no son ya aquellos centros que prácticamente monopolizaban los rituales de integración del neófito en el olimpo de la cultura pública reconocida, los que administraban su crédito público: un centro —como admitió Unamuno sobre el de Madrid— «al cual debo mucha parte de mi nombre en España». Azaña mencionaba en su primera memoria como secretario del Ateneo de Madrid el caso —real o inventado, eso es lo de menos— de un hombre vencido por la vida que un día, a la salida de la Casa, le abordó con la pretensión de dar una conferencia en su cátedra. Tenía, observaba Azaña, «más hambre que letras», pero «mendigaba dos cosas que en un país libre no pueden negarse a un ciudadano: un pedazo de pan y una tribuna donde pronunciar un discurso», un lugar donde triunfar y «confundir a sus enemigos». Y acaso algo de eso sí sigamos teniendo, después de todo. Lo explicaré mejor un poco más adelante.

Un último testimonio servirá para ilustrar esta dimensión del ateneísmo que venimos señalando, un testimonio en primera persona, aunque sintomático de la forma en que el joven creador se abría paso a codazos en la vida intelectual europea de los años veinte. Lo narra en sus memorias César Gonzá-

lez-Ruano, todavía muy joven y con una imparable necesidad de hacerse un hueco en la corte literaria, de «romper el hielo», como él lo llamaba. «¿Dónde hacerlo? Ni que decir tiene, ¡en el Ateneo! Era a comienzos de enero de 1922, se celebraba un homenaje a Cervantes y allí fue él, aupado entre la nómina de conferenciantes, como «el anarquista que lleva su bomba». «Ese Cervantes —vino a decir— parece que era un manco, cosa que se confirma, porque El Quijote está escrito con los pies» y así siguió hasta conseguir salir del Ateneo escoltado por la policía y que al día siguiente los periódicos hablasen de él, aunque fuese mal: «eso quería yo», fue lo que dijo. Sólo se sintió herido por un periodista que tituló su crónica: «Al Señor González no le gusta Cervantes», así, sin el Ruano, lo que era tanto como dejarle en el anonimato. Pero logró su objetivo. El año 1922 fue el de su despegue en la notoriedad literaria, lo que prueba que «el escándalo del Ateneo me hizo algún bien».

Parábolas todas de los laberintos —con cierta frecuencia sin salida— del reconocimiento intelectual remiten por igual al poder simbólico que los ateneos podían impartir con creces: hospitalidad, crédito intelectual, resonancia y reconocimiento.

A este respecto, baste recordar el diagnóstico definitivo de uno de los ateneístas más ilustres del siglo XX: Manuel Azaña, porque nada lo ilustra mejor:

«Excita la curiosidad personal mediante su biblioteca y debates, pero recibe y amplía impulsos individuales, es móvil, es resonador; recoge y propone. Muy pródigo y complejo, a veces fútil, con malgasto de tiempo y energía, es la más durable creación libre de un siglo, durable a causa de su libertad, que nos permite modelarlo sobre lo urgente. Borroso de límites, podemos pensarlo a nuestro modo y darle el contenido menos disímil con nuestro ser persona».



Fundado el 30 de noviembre de 2012

HACIA EL FUTURO

De modo que ya estamos aquí, atravesado el presente y de cara ya al futuro, en pleno siglo XXI, con un glorioso pasado a cuestas y toda la incertidumbre de lo que nos queda por hacer, si es que algo nos queda por hacer.

Hemos sido de todo. ¿Qué somos ahora? Y también ¿qué debemos ser? Abordemos la cuestión desde dos perspectivas, la individual/personal y la colectiva. Dicho más concretamente, qué nos hace ateneístas en estos momentos y qué hacemos con los ateneos en este tiempo.

Actualmente, como lo ha sido a lo largo de nuestra historia, el ateneísmo es el movimiento cultural asociativo y altruista más importante de nuestro país. No hay un censo claro, no tenemos una idea exacta de cuántos ateneos hay en España. Existe una Federación de Ateneos de España pero hay pocos ateneos inscritos, una decena aproximadamente. En la Federación Ateneos de Andalucía somos casi treinta. En marzo de 2020 eran 22 los ateneos federados. Hemos registrado un incremento de casi el 40 por ciento. Es evidente que el movimiento ateneísta va creciendo, llegando cada vez a más lugares, cada vez más lejos. Y esto no es por casualidad. Es porque no hay un asociacionismo cultural que consiga los resultados, el número de actividades, la calidad y el prestigio que consigue el movimiento ateneísta que, siendo múltiple y diverso, acaba siempre confluyendo, como lo demuestra la existencia de esta federación que presido y las otras federaciones que existen en el resto del país.

Como os he dicho antes, son ya unos treinta ateneos los que forman parte de la Federación Ateneos de Andalucía. Estamos viviendo una etapa de crecimiento importante, importantísimo, en el que no creo tener demasiado mérito, es el viento de la historia. Un crecimiento de casi el 40 por ciento habiendo atravesado una pandemia, confinamientos, crisis económicas y sociales... Cabría preguntarse ¿por qué? La lógica nos diría que en momentos así lo normal sería que la gente se quitara de en medio, que se refugiara en sus vidas, en sus casas, en sus propios asuntos. ¿Por qué este resurgir, esta revitalización del movimiento ateneísta? Pues porque hace falta. La cultura ha sido la tabla de salvación de muchos durante los difíciles tiempos de la pandemia, y mucha gente ha visto en el movimiento ateneísta un medio de canalizar sus inquietudes culturales y sociales. ¿Y por qué, precisamente, en el movimiento ateneísta? Pues porque aquí cabemos todos. Está en nuestra genética, como he querido demostrar con el repaso histórico que he hecho. Un ateneo es un lugar de encuentro. La cultura, como cualquier otra actividad social humana, no está exenta del concep-

to político en su más amplio y noble término. De lo que debe estar exento es de partidismos. En el movimiento ateneísta cabe todo el mundo, excepto los intolerantes, que no caben en ningún sitio. Aquí no se viene a ganar elecciones, a ocupar plazas de poder, a adquirir posición de influencia política. Quien venga con esas ideas se equivoca, ya hemos visto que pasó antes, que muchos ateneos murieron precisamente por ser concebidos como trampolines hacia la política. Para eso están los partidos. Aquí se viene a otra cosa, a algo más altruista, más elevado desde mi punto de vista.

Verán, yo para explicar esta cosa del ateneísmo recurro siempre al mismo argumento, acaso porque no he encontrado ninguno mejor. Yo soy poeta. Un humilde poeta, que más allá de juntar con cierta intención algunas palabras y dejar que ellas expliquen quién soy (mi maestro Manuel Alcántara hubiera dicho “miradme a los versos/ no os engaño”), no tiene mucho más que ofrecer. Si yo hubiera sido médico, seguramente el corazón y la razón me hubieran llevado a “Médicos sin Frontera”, porque soy de los que piensan que es justo devolver a la sociedad algo de lo que la sociedad te da y siempre me he regido por aquel viejo proverbio indio que dice que lo que no es dado es perdido. Pero como, por fortuna para los hipotéticos pacientes, no soy médico, sino un pobre poeta, me alisté en un ateneo y hago agitación cultural desde hace más de 25 años. Porque el ateneísmo es exactamente eso, un voluntariado a través del cual entregamos a la sociedad aquello que somos y tenemos. Aquí estamos quienes pensamos que la cultura es tan imprescindible como el almuerzo diario, y quienes creemos que por encima del modelo de “cultura espectáculo” que suelen ofrecer las administraciones públicas, nosotros podemos ofrecer una plataforma de expresión, creación y aprendizaje, un modo alternativo, pero necesario, de hacer cultura. Y lo hacemos altruistamente, porque esa es la única manera posible de hacer estas cosas.

Porque los ateneos, además de una perspectiva cultural, tienen una necesaria perspectiva social. La sociedad tiene que estar articulada, necesita estructuras sociales paralelas a las estructuras políticas y administrativas. Lugares de encuentro, lugares donde la gente desarrolle sus vidas, al menos algunas partes de sus vidas. Uno de los principales problemas de nuestra sociedad actual es, precisamente, su desestructuración. Hay una peligrosa corriente de individualismo que nos lleva del trabajo a la casa, de la casa al trabajo, con una parada solitaria, aunque no lo parezca, en las redes sociales, que tanto aislamiento producen. Y esto afecta, principalmente, a los jóvenes. Y el ateneísmo, aunque a priori no lo parezca echando un vistazo a la edad media de la masa social, es algo con perspectiva hacia los jóvenes. En

algunos foros me he encontrado siempre con la idea, bastante pesimista, de que los jóvenes no se acercan a este tipo de organizaciones. Nos las valoran, no las tienen en cuenta. Yo soy de los que opinan que ya lo harán. Hemos de cambiar nuestra perspectiva de lo que es “joven” en estos días. La gente de mi generación, que es la mayoritaria entre los socios de los ateneos y también en sus juntas directivas, cuando dice “joven”, piensa en gente de 20, 25 años. Ese estrato social no es nuestro público objetivo, por más que lo intentemos. Aunque los busquemos no van a venir, desengañémonos. La vida ha cambiado mucho. A esas edades, entre los 20 y 25 años, yo ya estaba situado en la vida. Con 23 años era redactor jefe de un periódico con más de cuarenta periodistas a mis órdenes. Ahora a esa edad estás todavía formándote. Accedes a tus primeros trabajos más tarde, te “sitúas” en la vida mucho después. Viene después independizarte, la vida en pareja, los hijos... Nuestro objetivo “joven” ya no son los veinteañeros, son los de 35 años para arriba. Esos que, cuando ya empiezan a tener una situación más desahogada, pueden empezar a pensar en otros aspectos de la vida, en la cultura, en el asociacionismo.

Pero la cuestión del asociacionismo es aún más compleja que la edad media del ateneísta. Porque si bien, como acabo de explicar, debemos cambiar la perspectiva de lo que llamamos “jóvenes”, también, quizás, debemos replantearnos el modelo de supervivencia económica de los ateneos. Porque si hasta ahora la supervivencia era a cuenta, fundamentalmente, de las cuotas de los socios y de ocasionales subvenciones públicas, el asunto de los socios va mermando. Primero, porque los jóvenes tardan en incorporarse, y segundo porque no participan de nuestra misma cultura de sociedad civil. Las nuevas generaciones están marcadas por un modelo cultural que se fundamenta en el individualismo. No tienen la misma tendencia que las generaciones que les precedieron a “apuntarse” a ninguna asociación, a ningún colectivo. Quizás sea llegado el momento de asumir que los tiempos han cambiado. Que nuestra actividad ateneísta, en lugar de dirigirse a pensar continuamente en el número de socios que podemos incorporar, se dirija al número de personas que conseguimos atraer para que participen en una actividad. Y los recursos buscarlos fuera, en el mundo de la empresa privada y en la administración pública, en forma de subvenciones finalistas, es decir, para objetivos concretos y no “a fondo perdido”, modelo con el que la administración ya no está cómoda y del que huye, y también en patrocinios privados, de pequeña cuantía la mayoría de las veces, pero que tendrán un peso claro en la supervivencia de los ateneos. Si conseguimos programaciones atractivas que hagan a mucha gente acudir al Ateneo, y convertirlo en una referencia cultural de su zona, que es lo que nuestra

tradición marca, lo que siempre hemos sido, a todo el mundo le interesará ligar su imagen, su nombre, su marca, al ateneo. Así lo está haciendo, con resultados bastante buenos, el Ateneo de Málaga, que probablemente sea en estos momentos la vanguardia del movimiento ateneísta en España.

¿Y cómo se consigue eso? Pues con la programación de actos interesantes. Cada quien en su lugar, con su público objetivo y con sus necesidades, que son tantas y tan diversas como lugares hay. Pero quizás sirvan algunas pistas. Es preciso que los ateneos, lo apuntaba antes, tengan una programación atractiva, imaginativa y alternativa. Esta es una de las claves principales, “alternativa”. Es evidente que ya no estamos en aquellos viejos tiempos que hemos repasado antes, en los que no había más que el Ateneo para todo, para la cultura, para la enseñanza, para el trampolín cultural y para la libertad. Ahora hay más plataformas, y no podemos competir con algunas de ellas, esencialmente la que programa la Administración pública. Pero generalmente la administración apuesta por un modelo de “Cultura espectáculo” de alto coste pero resultados inciertos si no siempre en asistencia, sí en eso que ahora se llama “fidelización”, y que nosotros, ateneístas, deberíamos llamar “educación”. Volveré a poner a Málaga como ejemplo. La Diputación provincial en 2022 tuvo unos 7 millones de euros de presupuesto para Cultura. De ellos, destinó 2.124.538,09 al Centro Cultural La Térmica. Con ese dinero no hay problema en traer a varios premios nobel a dar una conferencia, o a los escritores más de moda, o una exposición de Banksy. El problema estriba, precisamente, en la segunda, tercera o cuarta fila, o en los emergentes, que no encuentran espacio en ese modelo de “cultura espectáculo”. Para ellos sigue siendo el Ateneo el lugar, el único lugar, donde se aúna prestigio y posibilidad.

Ese es nuestro papel, en realidad el mismo que ha sido siempre: cubrir aquellas zonas de la actividad cultural que la administración no cubre, las zonas de sombra. ¿Cuáles son esas sombras? Aquí cada Ateneo debe determinarlas. Es importante que cada uno haga una prospección de su entorno, detecte las carencias y las cubra. Un ateneo tan pequeño como el de El Cuervo de Sevilla, con unos 125 socios y con un conflicto importante con el Ayuntamiento por mantener una actitud crítica hacia ciertas actuaciones municipales, cubre sin embargo una labor importantísima teniendo abierta una escuela de música. Eso sería insostenible en un ateneo como el de Málaga, evidentemente, porque ya existen conservatorios privados y públicos en la ciudad que cubren esa necesidad.

Hemos visto antes que desde su origen los ateneos han existido porque llenaban huecos y cubrían demandas no satisfechas localmente. Y aunque debamos aceptar las costumbres de esta época tan

individualista y asumir que debemos mantenernos con una masa social más corta, más reducida, pero estable, también debemos tener diáfana la certeza de que es preciso que nos mantengamos, porque seguimos haciendo falta.

Durante mi adolescencia, las generaciones que me precedieron crearon el estado democrático, las estructuras políticas, sindicales, sociales. Yo me las encontré hechas. Luego todo eso se ha desmontado, al menos en cierta parte. Ahora es nuestro turno de conservar al menos esta parte. Se lo debemos a aquellas generaciones que se dejaron la vida por establecerlas y a esas nuevas generaciones que aún no saben lo que es un ateneo, que no saben que les va a hacer falta, pero nosotros sí sabemos que les va a hacer falta, como nos lo hizo a nosotros. Los ateneístas debemos ser conscientes de que estamos aquí por nosotros, claro, por nuestro propio beneficio, sea este el que sea. Pero también estamos aquí por los que vienen detrás. Estamos sembrando, plantando árboles cuya buena sombra cobijará a los que nos precedan.

Porque como dije en un momento al principio de estas divagaciones que ya van concluyendo, los ateneos son las instituciones culturales privadas más duraderas, prestigiosas y sugerentes de la historia de España.

De modo que para responder a la pregunta que yo mismo me hacía al encarar esta intervención, el papel de los Ateneos en el siglo XXI, la respuesta es que ese papel es el de siempre, ofrecer un espacio libre, prestigioso y accesible para la expresión cultural de los ciudadanos.

Y aunque ya no seamos, al menos por completo, aquellos centros culturales que aunaban una academia científica, un instituto de enseñanza superior y un círculo literario y artístico, es cierto que seguimos estando pegados a nuestra época, que hemos modificado nuestros objetivos y nuestra oferta para adaptarnos a los tiempos en un permanente ejercicio de integración de todas las energías intelectuales y de testimonio de todas las inquietudes para seguir siendo lo que siempre fuimos, lugares donde la cultura se ha expresado en libertad. Los ateneos perviven y deben seguir perviviendo porque hacen falta, porque construyen y defienden eso tan difícil de la cultura en libertad. Y qué dos cosas hay más importantes, más definitivas, más necesarias, ya sea en el siglo XIX, en el XX o en este inquietante y por las trazas que tiene, truculento siglo XXI, que la cultura y la libertad.